ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

AMOR Y GRATITUD,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN TORRECILLA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

AMOR Y GRATITUD.

AMOR Y GRATITUD,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN TORRECILLA.

Estrenada con aplauso en el Teatro MARTIN en el mes de Octubre de 1879

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES	
	MADRID.	VALLADOLID.
ELENA,...............	SRTA. SEGURA.	SRA. RUIZ.
DOÑA TOMASA........	SRA. URRUTIA.	SRA. CRUZ.
ERNESTO............	SR. YAÑEZ.	SR. TORRECILLA.
CLEMENTE...........	SR. BELTRAMI.	SR. LOPEZ.
DON JUAN...........	SR. GONZALEZ CHAVES...........	SR. QUIÑONES.

NOTA. Por haber terminado su contrato en Valladolid el Sr. *Quiñones*, desde la 15.ª representacion se encargó del papel de *D. Juan* el apreciable primer actor cómico *D. Benito Cobeña.*

Á LOS SEÑORES

DON RAFAEL PERPIÑAN,

D. JUAN CANO CASANOVA

Y

D. PEDRO FLORES GOMEZ,

Tiene el honor de dedicar esta sencillísima obra su agradecido amigo de corazon

Juan Torrecilla.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante en una quinta de recreo; cuatro puertas laterales, balcon al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y DOÑA TOMASA.

TOMASA. Conque vamos, hija mia,
hablame con claridad.
ELENA. Con toda sinceridad
le diré, querida tia,
que mi mal humor consiste
en que vivo retirada
del bullicio, que me agrada.
TOMASA. Sobrina, tú lo quisiste.
Á la muerte de tu esposo
te retiraste del mundo
con el dolor más profundo;
y tu buen tio gustoso
accedió á tu peticion.
ELENA. Pero hace cerca de un año
que vivo aquí, y no es extraño
me aburra esta reclusion.
TOMASA. ¿Ayer mismo no decías
que era esta quinta un eden?

ELENA. Y lo repito; muy bien
se pasan aquí unos dias;
más, no; pues es divertido
pasar aquí un año entero
sin ver más que al jardinero.

TOMASA. No digas tal, que han venido
á ofrecerte su respeto
de aquestos alrededores
todos los arrendadores...

ELENA. De vara en cinto y coleto.
Jesús, bonita tertulia!

TOMASA. Y aquí están constantemente
nuestro vecino Clemente
y su linda hermana Julia;
dos jóvenes que en verdad...

ELENA. Sólo verlos me da horror!
Él un necio, un hablador,
y ella una calamidad.

TOMASA. ¿De cuándo acá esa ojeriza?
¿Cómo así tan pronto?...

ELENA. Pronto!
Querida tia, es un tonto
con quien nadie simpatiza,
y si no pregunte usté
á todos y le dirán
lo mismo que yo.

TOMASA. Qué han
de decir!

ELENA. Igual.

TOMASA. Y á fé
que pagas sus atenciones
con un marcado desprecio;
y es un chico de gran precio.

ELENA. Para bailar rigodones.

TOMASA. Pero muchacha, estás loca!
Tu mano nos ha pedido.

ELENA. Si ese ha de ser mi marido
me enterrarán con la toca.

TOMASA. Pues no creo un disparate
el que te cases con él.

ELENA. Es preferible un cordel!
Yo esposa de un botarate!

Los extremos son viciosos;
me casé con un anciano,
y cuanto estuvo en su mano
por ver mis dias dichosos
hizo el pobre general
á quien Dios tenga en la gloria.
Bendigamos su memoria
que no se portó tan mal;
y por más que á usted no cuadre
no admitiré por esposo
á un chiquillo jactancioso.

TOMASA. Te quiero como una madre,
lo sabes, querida Elena,
y por tanto te suplico...

ELENA. No hablemos más de ese chico,
sólo verle causa pena.

TOMASA. Bien; hablemos de otra cosa:
mañana se marcha Ernesto,
lo sabes?

ELENA. Sí.

TOMASA. ¿Y qué pretexto
te ha dado?

ELENA. Que una imperiosa
necesidad le obligaba
en el momento á partir:
no pude más inquirir,
pues Clemente que llegaba
á interrumpir, le invitó
á acompañarle y se fueron.

TOMASA. Á pasear?

ELENA. Sí.

TOMASA. Salieron
con Julia?

ELENA. No he visto yo...

TOMASA. ¿Te vuelves á preocupar?
Elena, qué tienes?

ELENA. Nada.

TOMASA. Si estarás enamorada
y no querrás confesar
lo que se oculta en tu pecho!

ELENA. Querida tia, qué absurdo!
y de quién? de algun palurdo!

TOMASA. Si es cierto lo que sospecho
ya me explico que se ausente.
ELENA. Pero qué es lo que imagina?
TOMASA. Calla, que vienen.

ESCENA II.

DICHAS y ERNESTO, CLEMENTE y D. JUAN.

JUAN. Sobrina,
aquí está toda la gente.
CLEM. Soy de ustedes como debo.
ERN. Señoras...
ELENA. Muy bien venido.
TOMASA. Tú tambien habías salido?
JUAN. Sí, se empeñó este mancebo
en que había de acompañarle
y accedí... y contento estoy
porque el paseo de hoy,
já, já, já, voy á contarle.
ERN. Cállese usted.
JUAN. Ya me callo.
CLEM. Por mí puede usted decir
lo que guste.
JUAN. Yo á reir
siempre dispuesto me hallo.
ERN. No creo prudente que Elena ..
CLEM. Qué importa? Puede empezar.
ELENA. Pero qué ha sido?
CLEM. Bromear.
JUAN. De todo tuvo la escena.
CLEM. Oiga usted lo que ha pasado
y juzgue. Hácia la alameda
por una eztrecha vereda
nos hemos encaminado,
deseosos los tres de dar
un delicioso paseo
por el campo, cuando veo
hácia nosotros llegar
una preciosa aldeana
que venía de la fuente,
y yo al verla, diligente

la dije: rosa temprana,
quien eres quiero saber,
pues nunca te ví hasta ahora
y tu gracia me enamora;
y contestó:—Una mujer,
bien á la vista está eso:—
yo, que estoy acostumbrado
á verme siempre mimado
por ese sexo travieso,
al ver tan zafia salida
me propuse castigarla
y me dirijo á abrazarla;
la chica emprende la huida,
echa á correr, yo la sigo
hasta que por fin cansada
me dió...

ELENA. Qué!

JUAN. Una bofetada
que lo echó en medio de un trigo.

TODOS. Já, já, já!

CLEM. Ríanse ustedes,
eso no me causa pena.
Si no fuera por Elena
la chica caería en mis redes...

ELENA. Qué necio!

CLEM. Sin remision.
Es tanta la suerte mia,
que si insisto, lograría...

JUAN. Un segundo bofeton.

CLEM. Yo que tengo suficiente
atractivo personal
para causar mucho mal
á ese sexo inconsecuente,
no me puedo equivocar;
y ya estoy acostumbrado...

JUAN. Á ser abofeteado?

CLEM. Oh, no señor, á triunfar.
Con su femenil amaño
á mí ya no me sorprenden.
Manos blancas, nunca ofenden.

JUAN. No ofenden, pero hacen daño.

CLEM. Ardides del sexo hermoso

que yo conozco mùy bien,
cuando fingen más desden
le hacen á uno más dichoso.
De algo sirve la experiencia!
Yo he sido un trueno terrible.
No fué resistir posible
á mi mágica elocuencia.
Pero cambiar es preciso...
Quiero celos evitar...
verdad, ángel tutelar?

ELENA. Si será, bello Narciso.

CLEM. Oh, Dios! mi alma se alboroza
al oir ese dictado.

JUAN. (Lo que es á este, por chiflado
lo llevan á Zaragoza!)

ERN. (Qué tonto!)

CLEM. Tantas mercedes
no sé cómo agradecer.
Estoy loco de placer.

JUAN. (Sin placer decirlo puedes.)

CLM. Ya me figuraba yo
que mi amor aceptaría.
Y usted nada me decía?

TOMASA. Lo que á mi me contestó...

CLEM. Sí, ya lo sé, ya lo sé;
no necesita usted hablar;
ahora voy á preparar
mis papeles, para que
dentro de muy breve plazo
nos echen las bendiciones
que unan nuestros corazones
en amantísimo lazo.
Adios, dulcísimo iman!
no sé lo que por mí pasa.
Ernesto... Doña Tomasa...
Soy feliz... Adios, don Juan.

ESCENA III.

DICHOS ménos CLEMENTE.

JUAN. Chispun! se fué disparado.

ERN. Pero es cierto lo que dice?
TOMASA. Lo del casamiento?
JUAN. Algo
puede haber, mas preferible
sería que te enterraran,
á ser mujer de ese simple.
TOMASA. Tú qué sabes!
JUAN. Nada sé.
ELENA. Puede que se modifiquen
sus tonterías con el nuevo
estado.
JUAN. Ni lo imagines!
Dice el refran que la cabra...
TOMASA. Silencio.
JUAN. Bueno.
TOMASA. ¿Le admites
al fin?
ELENA. No señora, nunca;
ya le explicaré el orígen.
ERN. Pero usted se halla dispuesta
á acceder?
ELENA. Yo no le dije
todavía una palabra
para que él se formalice
hasta el extremo de creer
que pueda lograr sus fines;
pero tampoco he negado...
y como ese infeliz vive
de ilusiones, da por hecho
lo que tal vez certifique
yo con mi consentimiento.
ERN. (Dios mio, será posible!
Me voy... No he de presenciarlo.)
JUAN. Eh, muchacha, no delires.
Vaya! primero consiento
que de lo alto te tires
de una torre de cabeza.
TOMASA. Marido, no bestialices.
JUAN. Esto no es bestializar.
Esposa de ese belitre,
presumido, vano, tonto,
que de aquel lindo es la efigie,

la muchacha más bonita
que aún no cuenta veinte abriles?
Primero le salga un grano
que le coma las narices.

TOMASA. Juan, no me seas jumento.

JUAN. No me adules, y prosigue.

ELENA. No; dejemos para luégo
las disputas; esto pide
reflexion. ¿Viene usted dentro?

TOMASA. Por no ver á este caribe,
me iría yo...

JUAN. Muchas gracias,
Tomasita.

TOMASA. Quita, esfinge.

ESCENA IV.

ERNESTO y D. JUAN.

ERN. Se fueron. Gracias á Dios!
á fé que lo deseaba,
porque á solas anhelaba
nos quedáramos los dos.
Hoy mismo me he de marchar.

JUAN. ¿Y por qué tan de repente?

ERN. Porque temo que á Clemente
si me quedo he de estrellar.
Porque ya callar no puedo;
porque adoro con locura
á esa hechicera hermosura.

JUAN. Pues hombre ¿quién dijo miedo?

ERN. Yo no puedo ser su esposo;
es la viuda de mi tio,
ó más bien del padre mio;
pues por mí veló afanoso
desde que murió mi madre
y quedé en triste orfandad
á los seis años de edad;
y aunque mi pecho taladre,
hoy mismo me alejaré
atento á mi obligacion.

JUAN. Como hombre de corazon

procederás; ya lo sé.
Mas si quieres aceptar
del que te quiere un consejo,
escúchalo, que este viejo
mal no sabe aconsejar.
Bien, que seas agradecido
y más con aquel anciano
que fué de tu abuelo hermano
y cual padre te ha querido;
pero no veo ningun mal
en que el sobrino se case
con la viuda del que yace
en la mansion celestial.

ERN. Yo sí; escuche usted atento.
Hace cuatro años vinimos
á esta tierra, y conocimos
á Elena; desde el momento
que contemplé su hermosura
quedé de ella enamorado;
sólo en estar á su lado
cifraba yo mi ventura.
Mi tio lo descubrió;
y á pesar de que sabía
que yo tanto la quería,
un mes despues se casó
con Elena; yo sumiso
acaté su voluntad,
él amparó mi orfandad,
resignarme fué preciso;
y al demandarle licencia
para ausentarme, me dijo:
Más bien que sobrino un hijo
me dió en tí la Providencia.
Muy pronto á la sepultura
bajaré: cuando yo muera,
tú cumplirás mi postrera
voluntad; no de locura
califiques lo que hago;
sé cómo siempre obediente;
que tu conducta prudente
algun dia obtendrá el pago.
Me bendijo, y yo partí

imponiéndome el martirio
de olvidar como un delirio
el amor que yo sentí.
Que pues no me cabe duda
que mi pasion conocía,
hoy tambien me prohibiría
que yo quisiera á su viuda.

JUAN. Sin embargo, ya veremos
si se puede conciliar:
nunca se debe apelar
á los recursos extremos.
Todavía el testamento
no se ha abierto.

ERN. Él ordenó
que al año y aún no cumplió
el de su fallecimiento.

JUAN. Sería un obstáculo eso,
si él á mí no me advirtiera
que ántes del plazo, se abriera
si de algun grave suceso
yo me viera precisado
el instante á decidir.
Conque ya se puede abrir
puesto que el caso ha llegado.
No sé por qué me figuro
que el testamento... veremos:
por ahora no adelantemos
el discurso.

ESCENA V.

DICHOS, CLEMENTE.

CLEM. Tio futuro,
otorga usted su permiso?

JUAN Pase usted.

CLEM Si es que incomodo
me marcho.

JUAN. De ningun modo;
pase usted, bello Narciso.

CLEM. Mil gracias, señor don Juan,
por cumplido tan galante.

ERN. (¡Que no conozca el pedante
que de él burlándose están!)
JUAN. Cáspita! y qué acicalado!
Va usted de baile, amiguito?
CLEM. No tal; pero necesito
saber si ya han acordado
cuándo la boda se hará.
ERN. Pero ella ha dicho que accede?
CLEM. Ni un punto dudarse puede.
JUAN. Digo, y viniendo de frac?...
Con su figura á cualquiera
mujer no es extraño asombre.
CLEM. ¿Qué opinas tú?...
JUAN. (Este hombre
es peor que la filoxera.)
ERN. Si tú tienes la certeza
de que eres correspondido...
CLEM. Hace poco, no has oido...
ERN. No juzgues con ligereza.
Háblala: dila tu intento,
y si premia tu pasion
entónces sin dilacion
preparas el casamiento.
CLEM. Pues voy á verla al instante.
JUAN. Que pierde un tiempo precioso.
Entre usted (á hacer el oso).
CLEM. Hasta luégo. (*Váse.*)

ESCENA VI.

D. JUAN, ERNESTO.

JUAN. Qué cargante
es el mozo; á interrumpir
llegó la conversacion.
Adios, Ernesto, hasta luégo.
ERN. Se va usted?
JUAN. Sí; voy á ver
al escribano, pues tengo
vivos deseos de aclarar
todo esto que yo no entiendo:
pues no encuentro natural

en un hombre tan perfecto
como tu tio, lo que está
pasando aquí: voy al pueblo.

ENR. Vaya usted con Dios, don Juan.

ESCENA VII.

ERNESTO, poco despues, ELENA.

ENR. La esperanza no halaguemos,
quimérica por de más
de que pudiera obtener
lo que anhelo con afan.
¡Mi cariño es imposible!
Cumpliré la voluntad
del que me sirvió de padre:
que cuando el buen general
así lo dispuso, bien
dispuesto debe de estar.
Hoy mismo me alejaré
para no volver jamás.

ELENA. Jesús, Jesús, vengo huyendo
de ese insufrible moscon...
y no sé por qué razon
he de estarle yo sufriendo.

ERN. Qué tiene usted? alterado
se ve su lindo semblante.

ELENA. ¿De cuándo acá tan galante?

ERN. Galante yo... no he notado...

ELENA. Si me ha llamado usted linda.

ERN. Sin saber lo que decía.

ELENA. Muchas gracias.

ERN. Á fe mia
yo la ruego que prescinda...

ELENA. Prescindiré, caballero,
en gracia de su cumplido,
de que al mismo tiempo ha sido
usted galante y grosero.

ERN. Perdon, señora, perdon.

ELENA. ¿Pero se halla usted temblando?

ERN. Lo que me encuentro es tocando
á toda orquesta el violon.

ELENA. Vamos, serénese usted.
Tenemos los dos que hablar.
Pero cese de temblar.
ERN. No señora, no podré.
Yo no sé lo que me pasa.
ELENA. Se encuentra usted atacado
de ictericia, ó es que ha entrado
el cólera en esta casa?
ERN. No ha entrado más que Clemente.
¿Qué más cólera que él?
ELENA. Creo que es usted cruel
con su amigo, y francamente
tiene un alma muy sencilla.
ERN. Él podrá ser muy sencillo;
mas prefiero un tabardillo
y que la fiebre amarilla
me ataque ántes que sufrir
á ese hablador sempiterno:
mándele usted al infierno
si quiere alegre vivir.
ELENA. Nada de eso le he notado,
y yo no sé qué es peor,
si un hombre muy hablador
ó uno que esté muy callado.
ERN. (Esto lo dice por mí.)
ELENA. Se marcha usted pronto, Ernesto?
ERN. Señora, si soy molesto
al punto saldré de aquí.
ELENA. Lejos de mí tal idea!
Nunca puede molestar
un hombre que para hablar
hay que pincharle.
ERN. No crea,
es mi carácter.
ELENA. Sí tal,
lo encuentro á usted trasformado,
ahora está usted consternado
y ántes era tan jovial.
Yo siempre he sido su amiga...
ERN. Sí señora.
ELENA. Y no creo justo
que si tiene usted un disgusto

ocultándomelo siga.
Cese tan necio mutismo,
que si en mi mano estuviera
el remedio, lo pusiera.

ERN. Pues bien...

ELENA. Qué?

ERN. Me marcho hoy mismo.

ELENA. ¡Qué salida de pavana!
Si tuviera pantalones
le daba dos mogicones
de muy buenísima gana.
¿En qué estará meditando?

ERN. (Y otro ha de ser su marido!)

ELENA. Pues quedaría lucido
el que estuviera escuchando.
Hombre, se está usted durmiendo?

ERN. No señora.

ELENA. Lo creyera
cualquiera que así nos viera.
(Jesús! me está consumiendo.)

ERN. (Y ella me quiere, no hay duda.)

ELENA. (Si me ama por qué se calla!)

ERN. Cese tan ruda batalla,
es de mi tio la viuda...
firme es mi resolucion.)

ELENA. (Le olvidaré; así lo espero.)

ERN. (Marcharme, cuando la quiero
con todo mi corazon.)
Señora, con su permiso...

ELENA. Qué?

ERN. Me voy á disponer
la maleta.

ELENA. (No ha de ser.)
Pero tan pronto...

ERN. Es preciso.

ELENA. Pero qué razon existe?

ERN. Hay una muy poderosa
que me obliga á esta enojosa
partida.

ELENA. Pero es muy triste
que sin más explicacion
nos abandone.

ERN. (Yo sudo.)
ELENA. Es usted más cabezudo
que un natural de Aragon.
En un hombre bien nacido
choca tal comportamiento;
y de veras, mucho siento
sea usted desagradecido.
ERN. Desagradecido?
ELENA. Sí.
¿No nos desvelamos todos
para hacer de varios modos
su estancia agradable aquí?
Yo le amo á usted cual hermano;
mis tios tambien cual hijo;
y si se marcha de fijo
pensarán cual yo, y es llano.
ERN. Don Juan la causa no ignora.
ELENA. Ni yo la debo ignorar.
ERN. Deje usted de porfiar.
ELENA. Qué ingratitud!
ERN. No señora,
no me tache usted de ingrato;
nunca tuve ese defecto:
de no serlo esto es efecto;
deje usted á un insensato
que en el bullicio del mundo
con el corazon deshecho
oculte dentro del pecho
su desconsuelo profundo.
ELENA. Ese fuego, esa emocion...
ERN. Adios, Elena, me alejo.
ELENA. ¿Y ahora cómo me manejo?
Ay Dios mio! qué opresion!
ERN. Qué tiene? se ha puesto mala?
Llamaré...
ELENA. No hay que llamar,
que se pueden asustar.
¡Ay Dios! da vuelta la sala...
Agua... vinagre... me muero.
ERN. Por vida... se ha desmayado!
y yo su angustia he causado...
vamos, soy un majadero.

Y su pulso es natural!
Esto pasará muy pronto.

ELENA. (Como que es fingido, tonto.)

ERN. Qué rostro tan celestial!
qué mano tan pequeñita,
y qué boca: ni el pincel
de aquel divino Rafael
la dibujó más bonita.
De qué buena gana diera
á mano tan linda un beso.

ELENA. (Pues atrévete, camueso,
si eso lo haría cualquiera.)

ERN. Pero no, nunca, deliro!
eso sería faltar
al respeto y abusar.

ELENA. (Bésala, si yo no miro.)

ERN. No abre esos ojos de cielo.
¡Oh! si permitiera Dios
que muriéramos los dos.

ELENA. (Pues hombre, vaya un consuelo.)

ERN. No basta el poder humano
á ahuyentar la tentacion.

ELENA. (Desmayada estoy, simplon,
bésala ó suelta la mano.)

ERN. Llamaré á doña Tomasa.

ELENA. (No; pues tú la has de besar;
no has de poderlo evitar:
cuidado si tiene guasa.)
Ay! El pañuelo!

ERN. Aquí está.
(Al ir á coger el pañuelo Elena le da un bofeton.)
Uf me ha deshecho una muela.

ELENA. (Toma para que te duela.)
Quién? ah! es usted?

ERN. Qué tal va?

ELENA. Me encuentro perfectamente:
y pues me siento aliviada,
volvamos á la cortada
conversacion.

ERN. Inclemente
será usted, si no desecha
el afan de atormentarme.

ELENA. Pues yo no quiero quedarme
con la duda y la sospecha.

ERN. La sospecha?

ELENA. Sí señor,
y sospecha muy fundada
ó evidencia... Á su adorada
conozco yo?

ERN. Por favor, silencio.

ELENA. Es algun delito?

ERN. Está su tia cercana
y no quiero...

ELENA. Cual la grana
se me pone el señorito!
Ni que fuera una doncella!

ERN. Y sin embargo soy hombre!
Mas mi rubor no le asombre,
culpa es de mi ciega estrella.
Puesto que usted ha sospechado
no negaré la verdad;
amo á una divinidad,
y estoy de ella enamorado
con frenética pasion,
y es tan cruel mi suerte fiera,
que si me correspondiera
mayor mortificacion
sufriera mi pecho.

ELENA. Ea,
diga usted cómo se llama,
pronto, el nombre de su dama.

ERN. La última palabra sea.

ELENA. Sea muy enhorabuena,
pero nombre usted.

ERN. Al punto;
ese hechicero conjunto
se llama...

ELENA. Se llama...

ESCENA VIII.

DICHOS, CLEMENTE.

CLEM. Elena,

soy feliz.

ELENA. (Maldito, amen.)

ERN. (Me alegro!)

(Vuelve á sentarse al lado del velador.)

CLEM. Doña Tomasa
con satisfaccion no escasa
la boda anhela tambien,
añadiendo...

ERN. (Mala peste!)

CLEM. Que usted tambien la quería.

ELENA. (Dios! manda una pulmonía
fulminante al necio este!)

CLEM. Ya se acabó el suspirar.

ELENA. (Vana tienes la cabeza.)

CLEM. Mi felicidad empieza.

ELENA. (Pues poco te va á durar.)

CLEM. Al casarnos no recuerdes
nunca pasados deslices;
ambos seremos felices.

ELENA. (Me parece que están verdes.)

ERN. (Cómo el fátuo se relame.)

ELENA. (Y me apea el tratamiento!)

CLEM. Pongo en tu conocimiento
que es preciso que reclame
tu apoyo, para que hagamos
que tu tio se decida
á hacer la boda.

ELENA. (En seguida!)

CLEM. Lo más pronto que podamos.
¿No me contestas?

ELENA. Estoy
ahora un poquillo nerviosa.

(Retirándose, él la detiene.)

CLEM. Pero escucha, cara esposa.

ELENA. Ni barata; aún no lo soy.
Me voy adentro.

(Procurando pasar á su cuarto, Clemente lo impide.)

CLEM. Un momento.

ELENA. No me puedo detener.

CLEM. Pero ántes, has de saber...

ELENA. Nada, voy á mi aposento.

CLEM. Á buscar voy, amor mio,
á tu tio diligente
para contarle...

ELENA. Corriente,
cuénteselo usté á mi tio.
(Se retira y cierra la puerta de su cuarto.)

ESCENA IX.

CLEMENTE y ERNESTO.

CLEM. Pues á eso voy ahora mismo.
Ernesto, callado estás?
¡Cuánta envidia me tendrás!

ERN. (Levantándose con ira y despues de mirarle.)
(Á que le rompo el bautismo.)

CLEM. En cuanto tendí mi red
cayó la tórtola amante!
si yo soy lo más tunante...

ERN. (Hombre, qué me cuenta usted!)

CLEM. Alegría sin igual
á doña Tomasa dió
cuando mi labio pidió
á la chica! es natural,
mis atractivos...

ERN. (Qué bicho
tan insulso!)

CLEM. Pero Ernesto,
por qué pones ese gesto?

ERN. Yo? por nada.

CLEM. Qué capricho
tiene la tia.

ERN. Para luégo
puedes dejar... yo me voy.
(Procurando marcharse; Clemente le detiene.)

CLEM. Escúchame ántes.

ERN. Estoy
muy ocupado.

CLEM. Te ruego
que me aconsejes.

ERN. Consejo
no me pidas.

CLEM. Es que cuando...
ERN. Qué jaqueca me estás dando.
CLEM. Tengo que buscar al viejo.
ERN. Y á mí qué?
CLEM. Por vida mia
deja que cuente...
ERN. Pesado.
CLEM. Ya es mi tia... y la he contado...
ERN. Pues cuéntaselo á tu tia.
(Retirándole; váse á su cuarto y cierra)

ESCENA X.

CLEMENTE y á poco D. JUAN.

CLEM. ¿Habrá mayor injusticia?
Ninguno quiere escuchar.
Hola, el tio.
JUAN. Voy á dar
ahora mismo la noticia
que su bien les asegura.
CLEM. Celebro haberle encontrado.
JUAN. Que no hubieras tropezado
con un toro de Miura!
CLEM. Muy alegre se le ve.
JUAN. Sí tal: vengo muy contento.
CLEM. Y yo de gozo reviento.
JUAN. Pues hombre, reviente usted,
por mí no hay inconveniente.
CLEM. Muchas gracias.
JUAN. Voy á ver
á Elena, y á mi mujer
y á Ernesto.
CLEM. Primeramente
noticiarle necesito...
JUAN. No puedo ahora escucharle.
CLEM. Es que tengo que contarle...
JUAN. No sea usted posma, amiguito.
CLEM. Se lo contaré en un vuelo.
JUAN. No soy curioso.
CLEM. Un instante.
JUAN. Hombre, no sea usted cargante!

cuénteselo usted á su abuelo.
(Apartándole y queriendo marcharse.)
CLEM. Pues usted no se me escapa
sin oir lo que acontece.
JUAN. Dígaselo usted al trece.
CLEM. Y quién es el trece?
JUAN. (Cerrando la puerta.) El papa.

ESCENA XI.

CLEMENTE, solo.

Pero hombre! Jesús, qué bruto!
por poquito no me aplasta
las narices... No me explico
la razon de lo que pasa!
ninguno quiere escucharme
y todos de prisa andan.
Vamos á Elena otra vez.
Tiene la puerta cerrada.
Veamos si Ernesto... tambien!
voy á llegarme á mi casa,
que está contigua, y á ver
si logro allí que con calma
alguno quiera escucharme.
Lo único que me faltaba
era no encontrar á nadie!
Vamos, pues, con la esperanza
de que á lo ménos podré
contarlo todo á mi hermana,
y si tampoco estuviese
ó en no escuchar se empeñara,
bajo á la huerta y allí
lo cuento al perro del guarda. (Váse.)

ESCENA XII.

DOÑA TOMASA y D. JUAN.

JUAN. Ya se fué ese moscardon,
podemos salir sin miedo.
TOMASA. ¿Pero querrás explicarme

lo que pasa? Porque veo
muchas cosas...

UAN. Que te pasman?
Pues ya lo irás comprendiendo
todo: deja que respire;
porque me he tirado al cuerpo
el paseo que hay á casa
del escribano corriendo.
Sentémonos y prepara
el oido.

TOMASA. Ya me siento.

UAN. Ya sabes, esposa mia,
que al morir el general,
á mí, que le administraba,
su postrera voluntad
encargó; el último dia
habiendo testado ya
me dijo: «todo corriente
lo dejo; mas no abrirán
el testamento hasta el año
de mi muerte: seguirá
usted con el mismo celo,
y sólo anticipará
la lectura cuando hubiera
una gran necesidad
concerniente á mi sobrino
ó á Elena;» y como esta ya
se ha presentado al momento
fuí,—por si podía el afan
calmar de Ernesto,—y salió
cual yo esperaba; en verdad
no merecemos perdon
por haber dudado.

TOMASA. Mas
dime: ¿qué es lo que ha pasado?

UAN. Que Ernesto quiere marchar,
porque adora con locura
á la muchacha; y se va
sólo porque se figura
que su amor debe ocultar,
porque ofende la memoria
de su tio el general.

TOMASA. ¿Y no se eqnivoca creo.
JUAN. ¡Pues no se ha de equivocar!
El anciano hizo todo eso
porque quería evitar,
que como eran dos chiquillos
una vez saciado ya
ese amoroso deseo,
pudiera un dia llegar
que ambos desilusionados
se separarán y... Bah,
debe de estar en la gloria
aquel hombre singular.
TOMASA. Es decir que se casó
con Elena.
JUAN. Nada más
que por si acaso el amor
de entrambos era formal,
guardársela al señorito
hasta su mayor edad;
pues como era tan anciano
y á cada instante espirar
se veia, lo dispuso
en la forma que hoy está;
y es que si los dos se quieren,
en un breve plazo han
de unirse ante los altares,
y su herencia disfrutar.
TOMASA. Pues Dios los haga felices!
¿Y Clemente, qué dirá?
JUAN. Que se vaya noramala
y no nos moleste más.
TOMASA. Yo le he dado mi palabra.
JUAN. Ahora te vuelves atrás,
que pida para casarse
á la burra de Balaan.
Pero yo estoy impaciente
por decirles... ¿estará
Ernesto en su cuarto?
TOMASA. No:
la puerta cerrada está.
JUAN. Calla! y tambien la de Elena.
TOMASA. Habrán bajado á pase

por el jardin.

JUAN. No lo creo;
no importa, voy á bajar
por si acaso los encuentro...
¡Qué contentos se pondrán!

TOMASA. Y yo me voy á mi cuarto.
Te espero.

JUAN. No he de tardar. (Vánse.)

ESCENA XIII.

ERNESTO y á poco ELENA.

ERN. Ya lo tengo todo listo
para marchar sin demora:
así lo quiere en mal hora
mi mala suerte; está visto:
si me quedo no resisto
al grito del corazon:
poderosa es la razon
que á alejarme me condena;
pues la gratitud me ordena
cumplir con mi obligacion.
(Sentándose junto al velador.)

ELENA. (Como siempre! meditando!
Pensará en mí? no lo dudo.
No te sirve hacerte el mudo;
tú siempre en mí estás pensando
cual yo por tí suspirando,
y así no te has de marchar:
porque eso fuera robar
á mi vida su tesoro;
que si me amas yo te adoro
cual ninguna supo amar.)
¿Cómo aquí tan retirado?

ERN. Quién? ay!

ELENA. Jesús, ya me voy!
Tan antipática soy
que de verme se ha asustado?
Nunca lo hubiera pensado.

ERN. Ni lo imagine siquiera.

¿Cómo aborrecer pudiera
ni yo ni ningun mortal,
ese rostro celestial
que envidia la primavera?

ELENA. Gracias: eso es otra cosa;
prosiga usted, que me agrada
ser por usted lisonjeada.

ERN. No es lisonja; que es hermosa
tan gentil como la rosa
y bella cual la azucena.

ELENA. ¡Qué dulcemente resuena
en mi oido tal lenguaje!
Suspenda usted el viaje!

ERN. Eso no es posible, Elena.
Tan solamente á su tio
espero para partir.

ELENA. ¿Y no le harán desistir
si une sus ruegos al mio?

ERN. Si escuchára á mi albedrío
ya lo hubiera conseguido.

ELENA. Se niega usted decidido?

ERN. Me es imposible acceder.

ELENA. Lo suplica una mujer.

ERN. Nunca. Soy agradecido.

ELENA. Sobre todo complaciente...
mas ya que nos separamos
justo es que ántes sepamos
la causa de que se ausente.

ERN. Pues bien; la causa es Clemente
y usted tambien: ese necio
ha conseguido su aprecio
y no quiero presenciar
esa boda singular.

ELENA. Hombre, no tiene usted precio
por su egoismo.

ERN. Egoista
yo? nunca.

ELENA. No tiene duda;
de que permanezca viuda
su deseo salta á la vista.
No es halagüeña conquista,
pero yo á todo me allano,

y si él pretende la mano
que usted no ha de pretender...
hombre... no quiera usté ser
el perro del hortelano.

ERN. En fin, cese la querella;
pues no admite discusion,
que si usted tiene razon,
no estoy desprovisto de ella:
no es el temor lo que sella
mi labio, sino el respeto;
no la volveré á ver más,
y así evitaré quizás
que adivinen mi secreto.

ELENA. ¡Pero hombre!... yo me confundo,
y hará que me vuelva loca,
si su secreto en la boca
está ya de todo el mundo;
todos saben el profundo
disgusto que le exaspera,
todos... y yo la primera.

ERN. Mi esperanza es ilusoria?

ELENA. Sí señor, bobo de Coria,
lo sabemos.

ERN. (Sentándose.) Quién dijera!...

ELENA. (Pues! ya se alejó el señor
á sentarse... y siempre así...
si no me lo cuenta á mí
se lo cuenta al velador;
y siempre el mismo temblor,
y siempre la misma cara.)
Dígame usted, ¿soy tan rara
que se aleja de mi lado?

ERN. Señora... es que estoy sentado.

ELENA. (Lástima no se sentára
sobre alfileres de punta!)
(Se sienta en la butaca.)

ERN. Se le ha caido el pañuelo.

ELENA. Pues... déjelo usté en el suelo.

ERN. Le recojo?

ELENA. Qué pregunta!
(Eres digno de una yunta.)
No se moleste.

(Ambos se inclinan á cogerle, y creyendo que el otro lo verifica, retroceden; ella con intencion, él de buena fe; este juego se repite á gusto de los actores.)

ERN. Sí, voy...
ELENA. Pero qué tengo yo hoy?
Ay! se me ha vuelto á caer.
ERN. Se lo volveré á coger.
(Lo vuelve á coger y se lo entrega.)
ELENA. (Te he de tener por quien soy
una hora de este modo;
así te castigaré.)
Qué torpe!
(Lo vuelve á dejar caer; él comprendiéndolo todo, se arrodilla muy despacio, y mirándola fijamente exclama con mucha calma lo que sigue:)
ERN. Es que hay dias... que...
se le cae á uno todo;
á recoger me acomodo...
ELENA. Pues merece usted la palma
del martirio por su calma.
ERN. Si su alma se desprendiera,
no dude usted que cogiera
del suelo tambien su alma.
ELENA. Aunque le cause despecho
lo que le voy á decir,
la de usted se va á salir;
pues juzga su sitio estrecho.
ERN. Yo la encerraré en mi pecho
aunque me mate el pesar.
ELENA. Inútil es protestar
de su dulce tiranía...
su alma de usted y la mia
del pecho quieren saltar.
(Mirándole fijamente.)
ERN. Elena, por compasion,
(Sin poderse contener.)
no aumente usted mi delirio;
cese el horrible martirio
que tortura mi razon:
usté es toda mi ilusion,
mi primer amor de niño,

tan pura como el armiño
y tan grande como Dios!

ELENA. La misma llama á los dos
nos abrasa del cariño.

ERN. Esos ojos son mi encanto,
esos ojos mi tormento,
por esos ojos aliento,
por ellos suspiro tanto,
por ellos vierto mi llanto,
por ellos penando vivo,
y siendo así, no concibo
cómo con tristes enojos
dan muerte tus negros ojos
con su mirar expresivo.

ELENA. Ernesto, mi bien, mi vida!

ERN. Adios para siempre, Elena!

ELENA. ¿Quieres aumentar mi pena
con esa horrible partida?

ERN. Hablé así por despedida:
no nos veremos ya más.

ELENA. Á mi llanto cederás.

ERN. Me lo impide mi deber.

ELENA. Yo puedo tu esposa ser,
Ernesto mio.

ERN. Jamás.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA TOMASA.

TOMASA. ¿Qué sucede?

ELENA. Llega usted
á muy buen tiempo.

ERN. Por Dios!

TOMASA. ¿Pero qué es lo que teneis?

ELENA. Que Ernersto por fin rompió
el silencio; que me quiere;
que tambien le quiero á él,
y sin embargo, persiste
en marchar.

TOMASA. La causa sé,
y es inútil que se marche;

pues todo salió esta vez,
amigo, á pedir de boca.
Ha visto Juan, que se fué
á la escribanía esta tarde
el testamento á leer
que os deja por herederos
y os encarga que os caseis.

ENR. ¿Será cierta tanta dicha?...
me va á matar el placer!
Ah, Elena, Elena adorada,
permíteme que á tus piés
te demande mi ventura. (De rodillas.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. JUAN y CLEMENTE.

CLEM. Cuernos!

JUAN. Ahí los tiene usted.

CLEM. Qué hacías arrodillado?

ERN. Nada... distrayendo el ocio.

CLEM. La postura de este socio
me huele á cuerno quemado.
(Celebraré que se ausente.)
Puesto que estamos reunidos
en familia y decididos...

JUAN. (No serás tú mi pariente.)

CLEM. Á efectuar una union
que tanto á Elena conviene...

ELENA. (Muchas gracias.)

CLEM. Porque tiene
cifrada en mí su ilusion,
es preciso que al instante
usted dé su parecer,
pues no hay tiempo que perder.

JUAN. Ya se ha perdido bastante.

CLEM. Que se haga la boda al punto;
hoy tiene que decidir
si contento he de vivir.

JUAN. (Pues ya te veo difunto.)

CLEM. Mi posicion ya se sabe;
y mi talento y cultura.

JUAN. Tiene abuela esta criatura?
ELENA. Es inútil que se alabe.
CLEM. Ni mis prendas aventaja
ningun hombre; y pues les gano.
JUAN. Vamos derechos al grano;
quédese usted con la paja.
CLEM. Con su favorable veto
la novia ya ha contestado.
ELENA. Eso es decir demasiado.
CLEM. Por tus ojos lo interpreto.
Nunca me equivoco yo.
Doña Tomasa hoy aquí
tambien me dijo que sí.
Falta que usted diga...
JUAN. No.
CLEM. Eh! cómo? será una broma?
JUAN. Con ella se ha de casar!...
si ella le quiere aceptar
que con su pan se lo coma.
ELENA. Hablaré ya que es preciso,
y lo quisiera evitar
á la fuerza; protestar,
en término muy conciso
lo voy á hacer al momento.
No soy yo la destinada
á ser por usted honrada,
y en verdad mucho lo siento;
más ser tan privilegiado
que á toda mujer abate,
merece... un escaparate
donde tenerle encerrado.
CLEM. Es decir...
JUAN. Que su elocuencia
aquí no fué suficiente.
CLEM. Me he quedado...
JUAN. Francamente,
á la luna de Valencia.
CLEM. Pero ya sé lo que es esto
y no lo he de tolerar.
TOMASA. Elena se va á casar,
—lo manda el tio,—con Ernesto.
ERN. Chico, dispénsame, pero..

CLEM. Es una infame traicion;
te pido una explicacion
con las armas.

ELENA. Caballero!

ERN. Cuando usted guste, estoy pronto.

ELENA. Ernesto!

JUAN. No tengas miedo;
se le despacha en un credo
de una estocada á este tonto.

CLEM. (¡Canastos!)

JUAN. Vamos allá,
va á quedar en couclusion
como el gallo de Moron.

CLEM. ¿Quiere usted callarse ya?

JUAN. No señor.

CLEM. Por vida mia
si no fuera usted un anciano!...

JUAN. Pues con este pelo cano
si no cesa en su porfía,
de un puntapié, seor doncel,
lo mando á usted,—con su lógica—
á la exposicion zoológica
de las fieras de Bidel.

ELENA. Basta ya.

TOMASA. Cállate tú.

ELENA. Señor mio, no comprendo
y con razon me sorprendo...

JUAN. Que nos quiere hacer el bú.

TOMASA. Silencio.

JUAN. Bueno.

ELENA. Yo he sido
aquí la única culpada;
ya sabe usted que yo nada
le ofrecí que haya podido
alimentar su esperanza:
sin embargo, yo he pecado
en no haber desengañado
á usted ántes; una chanza
inocente ha sido esto.
Hoy existe otra razon,
y es que mi esposo la union
nos ordena á mí y á Ernesto

en el testamento. Creo
con esto se satisfaga.

JUAN. Y si no quiere que haga
lo que quiera!

CLEM. Mi deseo
con gusto le sacrifico.
(¡Me está llevando el demonio!)
quiera Dios que el matrimonio
les pruebe, y...

JUAN. (Abur, Perico.)

CLEM. Ernesto, seamos amigos
y pelillos á la mar;
no me he de desesperar
por... Bah! mayores castigos
por mis desdenes sufrieron
mil inocentes beldades
que mis infidelidades
únicamente obtuvieron.
Apenarme! Disparate!
no lo merece la cosa!
ántes de un mes tendré esposa.

ERN. (Está loco de remate.)

CLEM. Y sino encuentro en un mes
mujer, cual yo me merezco,
oh, mandar por ella ofrezco...

JUAN. Búsquela usted en Leganés.

CLEM. Yo hallaré linda persona
si no aquí, me la traerán
aunque sea... de Tetuan.

JUAN. (Mereces eso, una mona.)

CLEM. Conque señores, adios!
Pueden ustedes mandar.
Á Madrid voy á marchar,
sed muy felices los dos.
No creais que esto me abisma
en el dolor... qué locura!
abur, gozad de ventura.
(Se marcha atolondrado y tropezando en todo.)

JUAN. (Se vá usted á romper la crisma.)

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS ménos CLEMENTE.

TOMASA. El desengaño le agobia.
ELENA. Muy fuertes hemos estado.
JUAN. Menudo chasco ha llevado!
quedó compuesto y sin novia.
ERN. Conque el bueno de mi tio...
JUAN. Lo tenía previsto todo.
ELENA. Ese era el único modo,
si no... yo no sé, Dios mio!
ERN. Él te dé su santa gloria!...
y en el corazon presente
tengamos eternamente
del anciano la memoria.
Te sacó de la pobreza
y cuidó de mi orfandad,
nos da la felicidad,
pues hoy nuestra dicha empieza:
premie el cielo con largueza
aquel corazon leal,
aquel ser angelical
que me amparó desde niño
y que nos dió su cariño
con ternura paternal.
ELENA. No de aplauso inmerecido
vengo á implorar tu favor,
concédele al pobre autor
tan solo perdon y olvido;
su deseo sólo ha sido
que pases algo animada
esta hora y si te agrada
premiar su buena intencion,
concédele tu perdon
y el favor de una palmada. (Telon.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.